

UNA RADIOGRAFÍA DE MAMUT

Pablo Galindo Arlés, 1 de diciembre de 2014

En la pared de una cueva paleolítica se halla pintada una curiosa figura. Se trata de un enorme mamut en cuya silueta desnuda aparece dibujado, con proporciones adecuadas, un corazón también gigantesco. ¿Qué significado tiene esa antiquísima radiografía animal? ¿Se trata de una lección de anatomía? ¿O acaso debemos ver en ella más bien el plano de un espía que muestra las defensas vulnerables del enemigo? ¿A quién va dirigida la ilustración? ¿Instruye a los cazadores o adiestra a los carniceros y descuartizadores que abastecen la común despensa?

No es fácil responder a las preguntas anteriores. De entrada lo único evidente es que el hombre primitivo tiene ciertos conocimientos sobre el cuerpo de algunas bestias. La necesidad de alimento lleva al salvaje a descubrir las vísceras abriendo en canal a sus víctimas. Ahora bien, la voz “explorar” significa “arrancar lágrimas”. De ahí podemos inferir que el primer cirujano y el matarife de la tribu serían al principio oficios indistintos. El hecho de que el centauro Quirón sea el primer médico nos advierte de que la veteranía es un grado. Unas veces se raja y desmenuza al ciervo cazado, otras se extrae el asta clavada en el muslo del cazador. Cuando en el neolítico se domestican los animales el trabajo de carnicero y médico-veterinario se bifurcarían como ramas separadas del tronco común.

Volvamos ahora al corazón pintado en el mamut de la cueva paleolítica. Una imagen a la mano vale más que cien palabras técnicas volando. El lenguaje del hombre primitivo no es capaz de expresar que la punta del arpón debe hincarse entre la tercera y la cuarta vértebra o lo más cerca posible del pericardio. Como el extranjero que desconoce dónde está la quinta avenida, un plano dibujado ayuda a localizar con exactitud el objeto buscado. ¿Dónde está el corazón de la ciudad?

Hubo un tiempo en que las viejas urbes se rodeaban de murallas y los cuerpos humanos de corazas. Conservar viva una civilización ha exigido siempre guardar el saber en claustros universitarios o eclesiales. Una etimología dudosa hace derivar “corazón” y “ciervo” de una misma raíz sánscrita que significa “dar saltos”. Pues bien, salta a la vista que ninguna división acorazada puede conquistar el mundo sin la curiosidad científica de aquel salvaje que pintaba corazones de mamut en las pizarras de una cueva prehistórica. Quienes hablen de “magia” tengan en cuenta que “magisterio” es un vocablo hermano de “mágico”. Una buena clase magistral del cazador.

